

El trastero

Los locales de jazz se resisten a morir



También el jazz, esa música emocionada, profunda y esencial, está siendo devorado por la crisis. Languidece, se debate agonizante en este tiempo revuelto por otro tipo de sonidos más acordes. Algunos aseguran que ya ha muerto. Tanto los músicos como los locales de jazz buscan alivio a sus graves males, pero no acaban de dar con el remedio que consiga librar del abismo a esa rebeldía histórica escrita con música, que atiende al nombre de jazz.



Bogui, jazz en vivo desde 2005.

de la capital, como el Balboa Jazz o el Whisky Jazz, han desaparecido del escenario nocturno de la ciudad. Todos los aficionados recuerdan, porque ha sido un hito, la primera, memorable y única vez que el legendario pianista Bill Evans tocó en Madrid. Desgarrado por la heroína, amargado por la muerte de su hermano y poco antes de su propia muerte, dejó una huella especial en este recóndito sótano emblemático del barrio de Salamanca llamado Balboa Jazz, en Núñez de Balboa 37, cerca de Goya.

Primero en Marqués de Villamagna y luego en Diego de León, el Whisky Jazz fue punto de encuentro nocturno durante décadas, de lo más granado de esta música

mente accionista del Whisky Jazz, regentan Segundo Jazz, en Comandante Zorita, un local movido por grandes dosis de entusiasmo, que ha luchado por encontrar su sitio en la capital como club de jazz, aunque el cambio de tendencias en los gustos y una demanda cada vez más escasa, le han obligado a ir cediendo terreno en favor de otros estilos, para poder subsistir.

A pesar de las dificultades, algunos locales de toda la vida, como el Despertar, la Sala Clamores o el Café Central, han sabido capear el complicado temporal y siguen programando jazz al tiempo que otros tipos de música en vivo, para poder superar esta época gris de penuria cultural arrugada por los recortes. Incluso han ido surgiendo contra corriente nuevos locales, como el Bogui, en Barquillo 29, que resisten con atrevimiento el envite. Otro de estos intrépidos aventureros románticos es el Plaza Jazz Club, en Martín de los Heros 3, muy cerca de la Plaza de España, que se enfrenta con aplomo a los bandazos de la escasez y busca con ahínco un hueco para el jazz en tiempos revueltos. No ha tenido más remedio que adaptarse para eludir la dentellada de la crisis. De los seis empleados iniciales quedan solamente los dueños, Luis y Tania, pero mantienen intacto su entusiasmo por el jazz y no son nada recelosos respecto al futuro. Las claves de la esperanza las centran en el buen trato y en un programa de actuaciones atractivo.

Hablar de jazz resulta siempre complicado porque ni siquiera es fácil definir qué es, aunque todos sepamos de qué hablamos. Esta música especial, que hace pocas décadas se consideraba un emblema inconformista y un modelo rebelde de expresión en muchos ambientes, ha pasado a arrinconarse al fondo del baúl en la buhardilla popular de las melodías. De codearse con lo arriesgado, lo combativo o lo genial, se habla ahora de él acompañado de algo antiguo, rancio y tibio.

Posiblemente la crisis haya sido la gran culpable de la delicada situación que atraviesa el mundo del jazz, aunque uno de sus verdugos ha sido la ley antibaco. El humo le daba el tono desenfocado que tan bien resultaba para el fraseo rasgado del jazz. Por eso le ha costado tanto prescindir de aquella compañía humeante y transgresora y por eso no ha sabido amoldarse a la nueva escenografía.

Los legendarios clubes madrileños de jazz que en su momento han sido referencia indiscutible del inconformismo cultural



El Plaza, nuevos bríos para el jazz.

internacional, desde Pedro Iturralde o Donna Hightower, hasta la legendaria Canal Street Jazz Band, pasando por Lou Bennett o Jayme Marqués. Desde 1988, Roberto y Julio, los hijos de Segundo López, antiguo aparcacoches y posterior-



José Luis Fernández Liz



Amar el jazz en tiempos revueltos

Actualmente los músicos de jazz son grandes profesionales que, pese a las dificultades que atraviesan, derrochan ilusión. Quizás más que nunca. Se trata de verdaderos entusiastas, fanáticos a los que su trabajo y la música apasionan. Para ella y por ella viven, pero no de ella. Vivir de la música en estos tiempos se convierte en tarea heroica para cualquiera y, sin ningún lugar a dudas, más todavía para los amantes de esta música minoritaria.

Si er músico tardío suele ser sinónimo de músico incondicional. Arturo Mora empezó a los 26 años su acercamiento irreversible hacia la música. Desde entonces le ha jurado amor eterno. Músico por los cuatro costados, invadido por la música hasta los topes, intérprete y compositor vocacional, compagina el sonido nocturno de su amado contrabajo (“es el alma, los cimientos, da gusto sentir la vibración de la madera pegada al cuerpo...”), con la pantalla de los ordenadores durante el día (como ingeniero informático, Arturo

pequeño, prohibición de acceso en automóvil a muchos locales del centro de Madrid, discusiones con la gente en el metro, quejas del conductor del autobús, problemas con el taxista. Complicaciones habituales cuando la herramienta de trabajo que se utiliza es de poco habituales dimensiones.

unas agrupaciones con las que ni podíamos soñar hace algunos años pero, desgraciadamente, a la gente le interesa poco el jazz.

Entre recortes, primas de riesgo y planes de rescate, no queda dinero para los músicos. Ellos se resisten, piensan que el jazz no tiene que morir y exploran nuevas fórmulas entre los dictados de las discográficas y el silencio. Arturo Mora, con Kyrios Jazz Quartet, toca todos los martes en Segundo Jazz, actúa los miércoles en Moe Club con Way Up Trío, algunos domingos sustituye al contrabajista en la jam-sesión de El Plaza con Inoidel González Quartet, va a todos los saraos con Belle Epoque, que se dedica a amenizar eventos y se mueve de un lado a otro con su grupo, Arturo Mora Trío, en el que se encuentra a gusto porque hace un jazz contemporáneo, que aúna la solemnidad del nuevo jazz escandinavo con la desinhibición del latin jazz y el brillo del jazz fusión. Para Arturo el jazz es el camino al paraíso, lo máximo, la plenitud, el todo,

“cuando empiezas a improvisar bien, cuando no estás pensando técnica ni estilísticamente, cuando has interiorizado la materia de estudio a tal nivel que fluye, y lo hace en direcciones inesperadas, cuando no te acomodas a las características de un género concreto, sino que dejas que ocurra lo que tenga que ocurrir, cuando vives el momento sin preocuparte del contexto, eso es hacer jazz”. Y a Arturo Mora hacer jazz le da la vida.



La crisis se lo pone muy difícil a los músicos.



La situación actual, los recortes y la escasez están haciendo mucho daño a los músicos que, cada vez lo tienen más complicado para seguir en la brecha y subsistir. De una época en la que el jazz aparecía en acontecimientos sociales, bodas o comidas de empresa, se ha pasado a otra en la que el jazz está aparcado en el último cajón y cualquier actividad relacionada con la cultura se considera gasto prescindible en tiempos de restricciones. Sin embargo, se vive un momento de esplendor creativo y hay más músicos cualificados que nunca. Paradójicamente, el nivel de músicos y grupos ha evolucionado de forma inversa al interés del público por este tipo de música. Hay una oferta y

desarrolla su actividad laboral dando clases en un instituto madrileño).

Arturo Mora atesora un montón de anécdotas relacionadas con sus contratiempos al desplazarse por Madrid en compañía de su querido y aparatoso contrabajo. Maniobras imposibles para transportarlo en un coche

